

que este profesor cree que se transforma en un bosquejo ó rudimento de la médula espinal, en el cual quiere también descubrir los primeros delineamientos de una *chorla dorsalis* ó *notocordis*. Estos seres, dice muy formal el profesor antropólogo de la Universidad de Jena, constituyen los antepasados inmediatos de los animales vertebrados. Basta con esto para formar una idea de tan flamante concepción científica, la cual siguiendo de este mismo modo alcanza hasta el grado *veintidos*, siendo el último el que corresponde al *hombre*. Aquí sólo haremos notar que el grado 21 lo caracteriza un hombre-mono, que ya ha adquirido la posición bípeda y sólo le falta la palabra. Esto contradice lo que el mismo autor afirma cuando asegura que el hombre anduvo mucho tiempo como los otros animales. Y aquel desarrollo de las vértebras caudales, aquella cola que luego se atrofia ¿cuando aparece? ¿cuando la ha observado este profesor? Sostiene también el señor Haeckel que su clasificación antropológica es el resultado de la anatomía comparada y de la embriología, y que una buena parte se debe á los estudios lingüísticos.

No conocemos nada ni nadie más atrevido que el profesor de antropología de la Universidad de Jena. Hubiera sido muy conveniente y muy transformista, que este sabio fuese menos metafísico, menos confiado en su alma potencial inventiva, menos locuaz y más amante de los estudios prácticos y experimentales, puesto que se trata de zoología y con especialidad de antropología para resolver en definitiva, si esto fuese posible en su terreno, ó al menos aclarar, el *origen del hombre*; tanto más, cuanto que el señor Haeckel representa la extrema izquierda de los racionalistas intransigentes.

Hubiera sido muy conveniente y lógico, que el sabio evolucionista fuese más expansivo, más claro y hasta más transformista. Ante todo debería haber examinado esas *condiciones* peculiares al período laurentino, que tanto contribuyeron á la unión de los elementos inorgánicos en proporciones dadas, bajo una ley que aun no ha variado, y quién ó de dónde provino esta ley. Sería de desear que explicara, el *por qué* y *cómo* de la combinación del oxígeno, el hidrógeno, el carbono y el nitrógeno resultó la *vida* en aquel protoplasma que forma la base de su atrevida hipótesis. ¿Por qué causa no ha sido posible hacer esta combinación en los laboratorios para conseguir la sustancia albuminosa ó albuminoide? ¿Cómo de lo inorgánico resultó lo organizado y las complicadas funciones biológicas, según leyes preestablecidas y que subsisten todavía? ¿Á qué ley obedecía la segmentación después de combinados los elementos inorgánicos, para organizarse en centros de actividad vital? ¿Cómo pretende ignorar que la generación espontánea es un mito, que no existe ni ha existido nunca, y que por lo tanto sus hipótesis no son más que ilusiones fantásticas, sueños y delirios que se anulan por sí, faltos de base y de la autoridad

de la ciencia experimental? ¿No ve en su buen criterio, que la formación de órganos y aparatos que se localizan después constituyendo un *todo* perfecto, acabado y armónico, donde los componentes se corresponden en cada uno de los sistemas, que no ha variado ni siquiera se ha modificado después de siete ú ocho mil años que ha recorrido la humanidad, exige ineludiblemente un plan de formación y un Creador y ordenador supremo y universal? ¿Pues qué estos órganos y aparatos toda vez que estén localizados y funcionando con admirable y constante armonía, no obedecen más que al ciego *acaso*, ó á la eventualidad? Si una casualidad fortuita les dió nacimiento y los puso en acción ¿por qué otra casualidad no los sepulta en el abismo? ¿Cuándo las piezas anatómicas del mono catarrino se han podido equiparar á las de ningún hombre? ¿Cuándo el desarrollo embriogénico de un bruto cualquiera, se podrá confundir con el del sér humano, aunque le parezca á la observación inexacta ó imperfecta, para afirmar que sigue un paralelismo hasta cierto grado del desarrollo? ¿Qué tiene que ver aquí la etnografía y la lingüística para el transformismo del antropóideo? Empero, aun así, estas ciencias bien interpretadas coadyuvan á demostrar la ninguna razón de la evolución como doctrina que con ella se explica satisfactoriamente el *Origen del hombre*, teniendo que ir siempre á ampararse á las verdades reveladas que nos enseña la Iglesia católica.

¡Ah! no; el planeta en que vive la humanidad, estuvo en un tiempo, que todos ignoramos, en estado caótico; la vida no existía y los elementos inorgánicos de los químicos se hallaban en una situación también ignorada; la materia primera se vió sujeta á multitud de movimientos, que en vano la ciencia se afana en explicar. Sólo una cosa podemos apreciar de un modo claro, fuera de toda duda y objeción y que comprenden todos los hombres y se demuestra por los estudios geológicos, tal es, *que la vida no existía en la superficie terrestre* hoy habitada por el hombre. La ciencia experimental después de haber atravesado por multitud de hipótesis y suposiciones, ha probado que la espontaneidad de la materia inorgánica no puede realizarse, y que la vida resulta siempre de otros seres de la misma especie que estaban disfrutando de esta vida; entonces, ¿cómo y cuándo aparecieron los primeros gérmenes, ó las primeras parejas?... misterios inexcrutables fuera del alcance de la ciencia empírica, encerrados en la Santa Revelación mosaica, que predica y enseña la Iglesia de Jesucristo, que creemos los católicos como artículos de fe, que á nadie molestan ni perjudican, y, en fin, que la tradición de los pueblos los tiene aceptados y sancionados como dogmáticos, y bajo cuya santa influencia Dios abre continuamente á sus criaturas, nuevos, extensos y esplendorosos horizontes. La ciencia empírica en sus distintas fases no se opone al Catolicismo y viceversa, ni mucho menos á la Revelación genesiaca; el indiferentismo de los



sectarios más ó menos embozados, contra la religión del Crucificado los conduce al error, á la negación y hasta al ateísmo. La ciencia con sus problemas, teoremas, y tal vez con alguno de sus axiomas, siempre dispuesta á variar ó á modificarse, no es una religión; la Naturaleza, definase como se quiera, de la cual se habla mucho sin que en el fondo sepamos lo que se pretende que sea, es en nuestro sentir una concepción elástica y acomodaticia, que cada sabio arregla á su modo y cual conviene á sus miras y especulaciones. Para algún pensador contemporáneo, según tenemos dicho, la Naturaleza *es un ente sin ideal y sin arte* (Moreno Nieto, D. José). ¿Podremos ahora admitir la doctrina transformista como verdadera para darnos á conocer el *Origen del Hombre*? Creemos que *no*; y desde luego acataremos cuanto ha consignado el Historiador hebreo, que no repugna al buen sentido, al derecho y á la moral y se halla en completo acuerdo y perfecta armonía con los progresos de la ciencia empírica ó experimental.

Dos escuelas hijas de la evolución y el transformismo se disputan asimismo la gloria de haber resuelto el misterioso problema que estamos analizando; ambas emanan, como es natural, del mismo centro, porque son darwinistas; pero se separan del punto de partida que constituye la base de la doctrina de Haeckel. La una busca la vida por medio de fuerzas propias y naturales, desdenando la intervención de la Providencia divina, y pretende apoyarse en causas hijas del *acaso*; la otra acude á la omnipotencia de Dios para producir el primer sér organizado al estado rudimentario de su desarrollo más elemental, en el cual por sucesivas evoluciones en el tiempo y el espacio, han derivado todos los demás seres incluso el hombre. Estas escuelas quedan absorbidas dentro el transformismo de Haeckel.

Gracias á los desvelos de algunos sabios, que se dejaron burlar con el hallazgo del célebre *cozoon canadense* del terreno lauréntico de la Unión Americana, el cual representaba el primer foraminífero organizado, se han desvanecido multitud de ilusiones científicas: el tal foraminífero fué un mito. Sin embargo, este pretendido hallazgo se combatió por varios profesores de superior reputación; empero, se aceptó por la generalidad, y se vió al fin que dejaba las mismas lagunas y el mismo vacío de siempre. Es más, para el señor Dawson, su descubridor, fué un nuevo argumento al darwinismo.

La fecha del origen del hombre será probablemente algo más remota de la época que se le suele marcar, y quizá diferente de la que le asignan aquellos que se empeñan en fundar cronologías. El señor Dartet en sus brillantes disertaciones ha consignado que pasan de *ciento cuarenta* las opiniones emitidas por los sabios para explicar la fecha de la creación del linaje humano. Los estudios que de algunos años á esta parte se vienen haciendo, que llevan por

norma la geología, la paleontología, la arqueología y antropología, parece, según sus entusiastas autores, que han dado mucha luz para fijar esta época bajo el punto de vista científico. Por una parte ciertos objetos que se consideran como instrumentos, y que sus admiradores aseguran haberse encontrado en el seno de la corteza terrestre entre el grupo cuaternario y en el último periodo terciario; otros á quienes la fantasía cree ver determinados instrumentos que distingue por el aspecto y analogía con el nombre de cuchillos y hachas, armas toscas y mal ejecutadas construídas con piedras sin ó con pulimento, ó bien con hueso, madera y ciertos metales; por la otra restos fosilizados de osamentas mezclados con los de otros animales sin fosilizar, los cuales vivieron en épocas bien determinadas, vienen á testificar para tan afortunados exploradores la antigüedad del hombre, que es el bello ideal de la escuela materialista ó monista moderna y de su hija la positivista. El Congreso de Lisboa (1880), donde han asistido sabios antropólogos, geólogos, paleontólogos y prehistóricos de casi todas las naciones de Europa, no ha podido resolver el problema del *hombre terciario*, á pesar del empeño que en ello demostraron algunos de los profesores lusitanos.



Pez grabado sobre un pedazo de cuerno de renífero.

Desgraciadamente no siempre se puede tener una confianza ciega, ni dar una absoluta acogida á esta clase de hallazgos, á los que se denomina descubrimientos.

Sin que nosotros pongamos en duda la buena fe de sus descubridores, ni sospechemos de la veracidad de cuanto manifiestan ciertas respetabilidades, séanos permitido consignar, sin que en ello faltemos á las conveniencias sociales, que la superchería, la astucia, el engaño y la ignorancia muchas veces, presentan con harta frecuencia objetos y baratijas que son obra de la mala fe de inteligencias degeneradas. El hombre será antediluviano; el señor Desnoyers en su volcánica imaginación quería que perteneciese á la época terciaria; más el señor Aimé Boué había ya dicho con mayor calma y meditación, después de haber estudiado las osamentas humanas que sacó del Valle del Rhin, que nuestro reino es peculiar de la época cuaternaria: opinión corroborada por repetidos hallazgos. Las graves consecuencias que se pretendieron deducir de la célebre *salamandra* fósil de las canteras de Öeningen, el *preadamita* que tanto dió que hacer á los geólogos en el último tercio del pasado siglo, los *preda-*



mitas de *Thénay* que tanto juego han dado en el actual, el *hombre petrificado* de Moret y los *hombres fósiles* encontrados en la costa de Guadalupe, que tan mal describió Fischer, han sido bastantes para que se miren con algún recelo y desconfianza la mayor parte de los descubrimientos que con tanta frecuencia llenan primero las columnas de revistas y periódicos y luego son la base de memorias y de libros. Así es, que hace algún tiempo que se publicaron, por una persona que por su posición oficial imprimía respetabilidad, estudios y descripciones, acompañados de diseños y planos que la ciencia y la sana crítica rechazan; y sin embargo, cautivaron á ciertas celebridades y llamaron la atención de doctas y respetables corporaciones oficiales, que impulsadas de patrióticos sentimientos y científico entusiasmo, han sufrido luego un amargo desengaño, viendo frustradas sus ilusiones y sus sacrificios y sorprendida su buena fe. Esto nos ha hecho muy cautos y precavidos, quizá demasiado desconfiados, y nos autoriza para mirar con alguna prevención esta clase de descubrimientos hasta que alcanzan perfecta autenticidad.

La ciencia prehistórica apoyándose en los restos de lo que se considera como la primera industria del hombre, ó en los productos elaborados, al parecer, para su defensa y necesidades en aquellas primeras edades, pretende que el hombre fuese en su origen salvaje y antropófago, y á su manera le forma una escala gradual en el lenguaje y en la educación que no deja de tener originalidad é ingenio. El señor Mortillet admite seres humanos ya inteligentes en el período mioceno, á quienes el señor Hovelaque no le place concederles idioma alguno; y aquí tenemos ya animales-hombres que carecen de razón, y donde el lenguaje y las facultades inteligentes y morales se hallan latentes ó mejor no existen. Ciertos observadores notando que algunos insignificantes restos fósiles se han presentado en el terreno plioceno ó terciario superior, quieren que la aparición del humano linaje haya tenido lugar en esa edad tan remota. Es evidente que en esta formación cambia casi por completo la fauna y se descubren ya los mamíferos en su mayor número, de los cuales los más han desaparecido de la superficie de la Tierra y la flora, si bien muy variada, recuerda la vegetación actual.

Muchos sabios corroboran esta idea y hacen que el hombre aparezca sobre la Tierra en la época terciaria, presentando algunos hechos de poco valer. Empero la mayor parte de las eminencias científicas niegan esta suposición, y como hemos indicado, no hay datos bastantes para aceptarla. Entre otros el señor de Quatrefages admite el período plioceno, el señor Vogt asegura que no está aún bien probado á pesar de haberse encontrado en la California un cráneo humano en terrenos que pertenecen á esta formación. Los señores Hellwald, Müller y otros profesores niegan esta pretendida antigüedad ó la combaten de una ma-

nera dura y tal vez apasionada. Ya hemos visto la opinión que imperó en el congreso de Lisboa.

La geología al establecer las relaciones de antigüedad de las distintas capas que forman la corteza accesible del globo en que vivimos, al enseñarnos la estratigrafía de estos terrenos, más cauta y precavida que la ciencia prehistórica, se abstiene de señalar con guarismos el tiempo que haya transcurrido para cada una de estas capas estratificadas. Determinar de un modo claro la antigüedad de la Tierra y del hombre que la habita, es casi imposible hoy por hoy para la ciencia; de aquí la divergencia de opiniones y encontrados pareceres que agitan á muchas eminencias contemporáneas. La cronología al formar sus cómputos se contradice á sí misma, la Biblia con toda su respetabilidad tradicional tampoco responde á esta exigencia, y la autoridad de la Iglesia católica deja intacta esta cuestión y permite la controversia.

Algunos sabios ante el testimonio de los textos de la Vulgata, del Martirologio romano y la Versión de los Setenta hecha en tiempo de Ptolomeo Fila-



Puñal cuya empuñadura representa un rongífero saltando.

delfo, y de otros autores y santos Padres donde se nota tan poca conformidad, andan perplejos entre *tres* y *siete mil* años. Véanse las opiniones más principales:

De la creación del mundo al diluvio. . .	3,314 años.
Del diluvio á la vocación de Abraham. . .	1,072 »
De la creación del mundo á Abraham. . .	4,386 años.

Entre la creación del mundo y el nacimiento de Cristo, se han señalado diferentes cómputos.

La Vulgata fija de la creación del hombre al nacimiento del Redentor. . . . .	3,992 años.
La Versión de los Setenta. . . . .	5,248 »
El Martirologio romano. . . . .	5,199 »
Según San Jerónimo. . . . .	3,941 »
Julio el africano. . . . .	5,562 »
El P. Petavio. . . . .	3,983 »
Natal Alejandro. . . . .	4,000 »



Eusebio. . . . .	5,300 años.
Orígenes. . . . .	4,830 »
Panvinio. . . . .	5,311 »
San Epifanio. . . . .	5,001 »
San Isidoro de Sevilla. . . . .	5,196 »
Baronio (como la versión griega). . . . .	5,199 »
Clemente Alejandrino. . . . .	5,624 »
San Julián, arzobispo de Toledo. . . . .	6,011 »
Don Alfonso X, (el rey sabio). . . . .	6,984 »

Es muy digno de consideración para los eruditos, la manera ingeniosa de que el señor Faa de Bruno, distinguido matemático, se ha valido para estos cálculos, aplicando la teoría de las progresiones; y suponiendo que el término medio de aumento anual de población es próximamente de un *centésimo*, se obtiene para los habitantes que hoy tiene la Tierra, *mil trescientos millones*. Esta cifra es casi igual á la que ha dado la estadística oficial, como se ve por la nota que sigue:

Europa. . . . .	275.000,000
Asia. . . . .	755.000,000
África. . . . .	200.000,000
América. . . . .	60.000,000
Australia. . . . .	3.000,000
	<hr/>
	1,293.000,000

De estos cálculos se ha deducido, que la aparición del hombre sobre la Tierra data de *seis mil* años; y que el número de seres humanos que después del diluvio han vivido en su superficie alcanza á *doscientos noventa y seis millones*.

Los pueblos primitivos tienen también su historia, y en ella la tradición se admite como de fe, como testimonio de verdad. Los Indios (Hindus) dan á la Tierra y al linaje humano mil millones de años, y sus brahmanes sostienen que el período de acción y reconstitución de los mundos duró, según el Veda, un día entero de Brahma que corresponde á cuatro millones trescientos veinte mil años de la humanidad. Los Tártaros le asignan ochenta y ocho millones de años; los Caldeos setecientos mil, y aun se dice que contaban antes del diluvio del Génesis diez generaciones de reyes que habían durado veinte *saras* de tres mil seiscientos años cada una. Los Chinos dan á la Tierra dos millones trescientos sesenta y dos mil quinientos noventa y cuatro años de antigüedad; los Persas cien mil años; treinta y cuatro mil los Egipcios; treinta mil los

Fenicios; y sólo doce mil los Etruscos, etc. Y véase como el problema de la antigüedad de la Tierra y del hombre no es de la ciencia moderna, si no que ha sido examinado por todos los pueblos, y es innegable que estos cómputos han servido á muchos calculadores modernos.

Otros datos cronológicos suministrados por eminencias respetables, ofrecen iguales anomalías. Según el señor Thomson la antigüedad de la Tierra alcanza á dos mil quinientos millones de años; los señores Bischoff, Helmholtz y Haughton sólo le asignan dos mil millones, habiendo transcurrido mil doscientos cincuenta millones para que la temperatura de la corteza adquiriese el grado conveniente á fin de que la vida se conservase. El señor Poisson asegura que admitiendo el estado fluido ígneo-pastoso, cada formación geológica representa millones de millones de siglos, y para dar á conocer la antigüedad de los primeros terrenos, añade este sabio, sería menester un número compuesto de tantas cifras como granos de arena hay en el mar.... ¿Y qué se debe deducir en buena lógica estudiando y comparando estos cálculos? Nada; absolutamente nada que merezca confianza; y hoy como siempre tenemos que guarecernos en los datos del Historiador hebreo consignados en la santa Revelación.



Arpón de asta de rongífero.

Nosotros aspiramos á que nuestros lectores adquieran un convencimiento íntimo de los cálculos diabólicos que se han hecho sobre esta importante materia. Todos nuestros sabios buscan en las tradiciones y en los libros de la India, datos para sus crónologías; y estos datos unas veces mal conocidos y otras peor interpretados, llenos siempre de fábulas y misterios expresados con un lenguaje simbólico y poco conocido, conducen á exageraciones extravagantes que el hombre ilustrado mira con desdén; pero que el joven inexperto recibe con fe ciega y los considera como verdades fuera de toda duda y discusión.

Un orientalista moderno, el señor Bentley, ha dicho con gran acierto: «Á pesar de cuantos esfuerzos se hagan, y sean los que quieran los sistemas ó los medios que inventen los europeos con respecto á la cronología india, no pasará de ser una pretensión ridícula, que no alcanzará el resultado á que aspiran (1).

(1) La primera edad se llama, en la cronología indiana, *Crita ó Satia*; abraza 4,000 años divinos, que equivalen á 1.400,000 años humanos; y añadiendo 800 más de los primeros y su equiva-



»Y efectivamente, la clave del misterio, dice el mismo sabio, existe allí; pero envuelta de tantas tinieblas, tan confundida con sus fábulas y sus realidades, que es, si no imposible, muy difícil al menos, encontrarla.

»Esas *calpas* ó épocas del mundo, que en otros países pudieran servir á costa de mayores ó menores esfuerzos para iluminar algún tanto su historia, en la India, por el contrario, son objeto de mayores dudas y confusiones.

»Ya he dicho en otro lugar (se refiere á su obra), que la duración de la vida es la de 12,000 años divinos, cuyo número tiene una equivalencia de 4.500,000 años de los nuestros, y á pesar de eso, toda esta inmensidad de años no representa más que un día en la vida de Brahma. Así es, que la edad del mundo se ha alejado cada vez más de lo real y positivo, y se pierde en los espacios fantásticos de la imaginación.»

Esta grave y complicada cuestión ha preocupado á muchos sabios timoratos, que ven en ella algo notable que alarma sus conciencias. Sin embargo, podemos asegurarles que teólogos eminentes de todas las naciones, creencias é iglesias, han afirmado de una manera solemne que el espíritu de la Biblia no se opone á la antigüedad que se quiera suponer á nuestro globo. Y á decir verdad, estos problemas nada tienen de heterodoxos. Los señores J. Fabre d'Enviu, T. Rivière, Baltzer, Becker, Delitzsch, Hettinger, Vosen, Westermayer... etc., etc., han ilustrado con sus escritos tan importantes cuestiones, siempre espinosas y complicadas. Desde los sacerdotes de la India y los filósofos griegos, hasta los sabios de nuestros días, todos los cronistas se esfuerzan inútilmente en interpretar á la Naturaleza, comentando á su sabor los textos bíblicos, examinando las cronologías de la India, estudiando los trozos de sílice ó de otra roca cualquiera, á los cuales dan un nombre por su figura que

lencia á los segundos que son 288,000 por los crepúsculos de mañana y tarde, tendremos 48,000 de los unos, y 1.728,000 de los otros.

La segunda edad ó *Treta* se extiende á 3,000 años divinos, que representan 1.080,000 de los humanos; y añadiendo 600 y 216,000 respectivamente por los crepúsculos, suman 3,600 y 1.296,000.

La tercera edad es la de *Drápana*, que duró 2,000 y 72,000 años respectivamente, y por los crepúsculos 400 y 144,000, que dan un total de 2,400 y 864,000 años.

La cuarta, que se llama *Calí* tiene 1,000 y 360,000 años, y por los crepúsculos 200 y 72,000, que suman 1,200 y 432,000 años.

El total general según estos indianistas alcanza á 12,000 años divinos y 4.320,000 humanos, á razón de 360 días cada uno: esto constituye el *Mahayuga* ó una edad de los dioses.

Un *Manvantara* se compone de 71 *Mahayugas*, más un *Satyayuga*, que representa 1.728,000 años humanos.

Las *Calpas* ó días de un Brahma abrazan 1,000 *Mahayugas*, y así siguen presentando dificultades inmensas para poder precisar las fechas indias.

tal vez sea un efecto casual ó porque en realidad haya algo probable ó verosímil, escudriñando objetos de hueso, madera y metales que extraen de las últimas capas sedimentarias para encontrar una solución plausible, que por de pronto halague su vanidosa curiosidad exploradora. El señor C. Lyell, el patriarca de la ciencia geológica, que hace algunos años fué arrebatado de entre sus admiradores (Marzo de 1875), averigua el tiempo que han tardado en formarse los deltas de los grandes ríos, y con el mayor aplomo señala nada menos que *dos millones* de años para el alfaque del Missisipi, y *diez millones* desde el período paleozoico, *ocho millones* del mezozoico y *seis* del terciario. No hace tantos años que habría dicho bajo su autoridad, que estos deltas se habían formado de un modo brusco y casi repentino debido á un trastorno geológico, á una extraordinaria inundación ó á otra causa cualquiera menos al tiempo. El señor de Sommerville dirigió también sus investigaciones á las mismas capas paleozoicas, secundarias y terciarias, y obtuvo un cómputo de treinta y nueve millones seiscientos mil años, cuya cifra aumenta cuatro veces para la antigüedad de la corteza sólida. El señor Scott Moore calculando las épocas de los hielos encuentra una antigüedad fabulosa, y los señores Vander Wick, Dar-



Arpón de asta de renjifero.

win, Dana, Hunt, Agassiz, Holme, Deville y otros ilustres geólogos y naturalistas han dirigido sus investigaciones á tan ardua empresa, y los resultados fueron, como antes, poco satisfactorios. El señor Kerviller con su admirable constancia en el estudio de los aluviones de la desembocadura del Loire, se ha encargado de demostrar que la antigüedad del hombre prehistórico es una quimera, un mito; y que la ciencia lo coloca en una época que no está fuera de la Revelación bíblica.

En estos exagerados cálculos, donde los millones de años se prodigan como factores necesarios para explicar la formación de los deltas y la existencia de objetos prehistóricos á profundidades más ó menos grandes, con los cuales suelen perturbarse inteligencias de primer orden; cálculos que no desperdician los enemigos del Catolicismo para envejecer á la humanidad mucho más de lo que la tradición y la verdadera ciencia consignan. Es muy notable y digna de tener en cuenta la disertación del señor Ferguson, distinguido geólogo inglés que ha vivido largos años en la India.

«Un río, dice este señor, arrastró los ladrillos sobrantes de los que sirvieron para la construcción de mi casa, más tarde el río cambió de corriente y



sobre el terreno abandonado se ha edificado un pueblecito. Los ladrillos hoy día pueden extraerse de 30 ó 40 piés de profundidad y cualquiera les podrá señalar á su placer una antigüedad fabulosa, siendo así que yo mismo había mandado construir aquella casa.» Este hecho relatado por Ferguson explica muchos pretendidos hallazgos. Para algunos ingenieros americanos el delta del Missisipi sólo cuenta unos cinco mil años de antigüedad: aquí encuentran una contestación concreta los cálculos exagerados de Carlos Lyell.

En vista de estos tan opuestos datos ¿qué consecuencia razonable deduce el hombre juicioso?... La verdad es, que ante los desengaños por una parte y las contradicciones por la otra, la desconfianza y la duda científica embargan nuestro espíritu y no nos atrevemos á sentar una opinión fija y concreta, que pueda considerarse como definitiva bajo el aspecto severo de la ciencia.

Parece indubitable y esta es la opinión que impera en la generalidad de los profesores, que la coexistencia del hombre con el período cuaternario es un hecho fuera de toda duda y objeción. Empero el señor Wallace señala esta época en quinientos mil años de antigüedad; Lubbock en trescientos setenta y cuatro mil antes del período glacial; Usher le da solamente cincuenta y siete mil años y Morlot de seis á siete mil. Para formar un juicio aproximado de la diversidad de pareceres respecto de estas difíciles cuestiones, bastará comparar la opinión de Horner, que considera la antigüedad del hombre en el Egipto en unos veinte mil años, con los cálculos del señor Rivière que llega á señalarle hasta treinta mil. El señor de Agassiz dice que los huesos humanos descubiertos en La Florida cuentan diez mil años de antigüedad nada más, y el Doctor Dawler asegura que el esqueleto humano encontrado en Nueva Orleans á cinco metros de profundidad por bajo de los cuatro bosques sumergidos, tiene sólo cincuenta mil años de edad.

Se ha pretendido que el hombre fuese contemporáneo del elefante meridional, al que se le señala el período plioceno ó terciario superior. Pocos datos posee la ciencia para establecer semejante proposición, aun aceptando el mismo proboscideo, cuyos restos se reconocieron en Chartes, valle del Euro (Francia), que con tanto entusiasmo invocan los partidarios de esta opinión. Quizá por esto mismo se ha iniciado la original idea de que aun estamos en la época cretácea. Las estrias observadas en algunos huesos fósiles ó no fósiles, las incisiones y erosiones que ya se habían visto en otros restos también huesosos apreciados de tan distinta manera, tal vez debidas á aquel roedor que Cuvier llamó *trogontero* (*Trogontherium*), cuyos fragmentos se han encontrado junto con estos restos, como hace observar el señor Hamy, nada dicen, nada significan ni prueban, en nuestro sentir, para marcar con evidencia la antigüedad del hombre en la superficie terrestre, según demostraron Lyell y Hebert, de

un modo tan sencillo como ingenioso. Ya sabemos que Calvet halló cerca de los Dardanelos un hueso que tenía un dibujo de un cuadrúpedo armado: esto de dibujar cuadrúpedos con cuernos no debe ser prehistórico. Los sílex que se califican de objetos labrados por la humanidad y los otros útiles que siempre acompañan á esta clase de descubrimientos prehistóricos, bien lejos de decidir la cuestión, sólo han servido para complicar el problema, confundiendo los ánimos y despertando dudas y desconfianzas, sobre todo, en aquellas observaciones practicadas con excesiva ligereza y quizá con descuido. Estas circunstancias han dado lugar á que los especuladores y los secuaces de cierta escuela dispongan de materiales abundantes para levantar sus clamores, que han venido á oscurecer la verdad por todos anhelada. Y es digno de notarse, como antes hemos apuntado, que la Iglesia católica nada ha definido sobre este asunto dejándolo á la libre discusión de los sabios y comentadores.

Los descubrimientos que en 1834 se hicieron en los lagos de Suiza á causa de haber bajado el nivel de las aguas por efecto de una gran sequía, los cuales se vieron también en Italia y Saboya, indicaron que allí había existido una población antigua que se quiso fuese prehistórica. Y á pesar de la afición en prodigar los millones de años á esta clase de hallazgos, sólo se le señaló á éste la insignificante partida de *siete mil*. No es nuestra misión combatir lo que algún profesor ha expuesto acerca estos descubrimientos lacustres; pero nos parece que se detallan muchos objetos de arte y varios utensilios y *kejokenmeddings*, que manifiestan una civilización perfecta, junto con huesos humanos y de otros animales; sobre todo muchos broncees y hierros labrados que alejan toda idea de una antigüedad fabulosa. No queremos que pase desapercibida la oportunidad de hacer algunas leves indicaciones, que probablemente serán conocidas de la mayoría de nuestros lectores. La presencia del bronce indica un grado muy elevado de la industria de los hombres. El bronce es una aleación de cobre y estaño, que necesita determinadas proporciones para que tenga la dureza necesaria que reclaman muchas de sus aplicaciones, y su metalurgia es además complicada. El estaño que entra como factor, jamás se ha encontrado puro ó nativo en la Naturaleza, sus minerales son bastante raros, y sólo se explota el óxido para obtener el metal, que unido al cobre, produce el bronce. ¿Por qué no se han encontrado utensilios y objetos de latón, llamado *cobre amarillo*? Esta aleación que tiene el metal zinc por factor unido al cobre en proporciones fijas para cada una de sus variedades, es mucho más fácil de obtener. Verdad que en aquellos tiempos no se conocía el zinc; pero pudo muy bien la casualidad haber enseñado, que con el cobre nativo ó uno de sus minerales fáciles de reducir como los óxidos y los carbonatos, y otra piedra, que en su esencia fuese un *mineral de zinc*, se conseguía el latón.



A nuestro juicio la presencia del bronce es incompatible con la antigüedad prehistórica y con el estado de salvajismo que se atribuye al hombre.

Cuando alguna vez manifestábamos nuestras dudas acerca la llamada *edad del bronce*, se nos tildaba de incrédulos y hasta se nos calificó inoportuna-mente, de poco afectos á los adelantos arqueológicos. El Congreso antropológico de Lisboa ha comenzado á darnos la razón, analizando objetos tenidos por *bronce* que resultaron ser de *cobre puro*, y aceptando á la vez que el bronce en los tiempos antiguos (probablemente muy históricos) vino á Europa del Asia, señalándosele dos medios razonables de introducción.

Lo repetimos otra vez: estos cálculos á cual más exagerado, estas suposiciones atrevidas sin un documento que las justifique, estas hipótesis basadas en datos muchas veces gratuitos, demuestran con la mayor evidencia, que los sabios siguen aún fluctuando en los resultados de las cronologías y cálculos, y en sus inciertas especulaciones; prueban también, que los descubrimientos no siempre pueden aceptarse con entera confianza; y las observaciones muchas veces contradictorias, indican que debemos ser reservados y circunspectos á pesar de los adelantos que se han hecho en todos los ramos de la ciencia experimental.

En fin, las *ciudades lacustres* son muy históricas. El profesor Hochstetler no les concede más que diez siglos anteriores al Cristianismo; Franz Maures las coloca del quinto al octavo siglo y Hastler asegura que las modernas son de tres siglos antes de Jesucristo y las más antiguas no llegarán á mil años. La isla cercana á Iverdun y los terramares de Italia son terrenos históricos.

El señor Wollschlaeger ha dicho que el linaje humano tiene trescientos mil años de antigüedad, y veinte mil años antes de Jesucristo comenzó á formarse el idioma. No sabemos en que funda el buen señor este aserto tan curioso.

El *lenguaje* es otra cuestión que encierra problemas de la mayor importancia. Los lingüistas también han terciado en el debate, bajo todos aspectos, serio y trascendental, procurando ilustrar con sus estudios y observaciones esta materia tan ardua como difícil. Ellos han dicho que el lenguaje humano ha sido primero *mono-silabismo*, *aglutinado* después y por último de *flexión*; ó como se dice también *mono-silábico*, *aglutinante* y *flexivo*, que forman, según Schleicher, tres grupos fundamentales morfológicos. De ello pretenden deducir la antigüedad de la especie humana. El Doctor F. Müller le señala doce mil años sólo para el desenvolvimiento de los idiomas, y Radier supone que hace veinticuatro mil años que principiaron los tiempos históricos. Sin embargo, debemos consignar que ilustres observadores así lingüísticos como filólogos, entre los cuales mencionaremos á Bunsen, Hincks, Lepsius, Lauth,

Chabas, Brugsch... etc., ponen en duda estas fabulosas sumas que representan millones unas y miles de años otras, dando á los tiempos prehistóricos sólo cuatro mil años y á los históricos seis mil, todo lo cual constituye un total de diez mil años de antigüedad. El señor Lacalle ha calificado el lenguaje, como una causa del desarrollo intelectual más bien que como efecto. Consideración de alta importancia que tiende á rebajar aquellas sumas extraordinarias de años.

Un pensador profundo, el ilustrado Excmo. Sr. P. Fr. Zeferino González, Arzobispo de Sevilla, en su *Filosofía elemental*, dice que «el signo general del pensamiento humano es el lenguaje; el cual resulta de un sistema de signos para apreciar dicho pensamiento.»

Nos parece que los sabios evolucionistas han estado ahora como siempre, bastante exagerados al filosofar acerca el lenguaje humano. Para demostrar esta verdad, extractaremos algunos párrafos del brillante discurso del Eminentísimo Señor Cardenal Wisemán quién ha puesto en evidencia tamañas exageraciones en su *Estudio comparativo de las lenguas*, cuyo estudio constituye la Etnografía.

«Por muchos siglos, dice Su Eminencia, ha habido personas que han considerado como inútil y casi profano buscar una alianza entre la teología y las otras ciencias. Esto proviene de que la teología se ha considerado como puramente del sacerdocio y ajena al interés general de la sociedad. Entre los relatos de Moisés y la ciencia de Cuvier no existe disparidad alguna.

»Nadie como la Religión está interesada en el adelantamiento de las ciencias y literatura, y su cultivo demuestra á cada paso el enlace íntimo que existe entre la Religión y la Naturaleza como emanadas del mismo Dios.

»La etnografía ó clasificación de las naciones por el estudio comparado de las lenguas, ó la lingüística, como suele llamársela, ó filología comparada, está llena de escollos y dificultades; carece de un historiador, y en lo poco que de ella se sabe encontramos la narración de Moisés respecto la disposición del género humano...

»El lenguaje de los hombres, según los etnógrafos modernos, fué originariamente único.

»Herder, que consideraba la Torre de Babel como una ficción poética, dice, fundado en investigaciones gramaticales, que el lenguaje humano proviene de un tronco común, y afirma que la separación de los hombres debió ser brusca y violenta.

»Abel Remusat, en la introducción de su obra sobre las lenguas tártaras, manifiesta la concordancia de la etnografía filológica con la narración sagrada.

»Balbi dice en su *Mapa-mundi*: «Hasta ahora ningún monumento, ya his-



»tórico, ya astronómico, ha podido probar que fuesen falsos los libros de Moisés; al contrario, éstos concuerdan del modo más notable con los resultados que han obtenido los filólogos más sabios y los más profundos geómetras.»

»Los dialectos americanos se han reducido á una sola familia; veamos ahora lo que nos han enseñado algunos sabios filólogos de nuestros días, si bien lo haremos de una manera superficial.»

Los estudios filológicos y lingüísticos, históricos ó científicos hechos hasta nuestros días vienen á probar que la humanidad no tuvo más que un lenguaje, cualquiera que sea el número de idiomas y dialectos que conozcamos. Estas indagaciones etnográficas protegidas por Catalina II, reconocieron, á últimos del pasado siglo, 51 lenguas europeas y 149 asiáticas; el erudito jesuita de Hervás, y aun Adelung aceptaron esta clasificación geográfica, que también admitió el señor Balbí, y llegaron á alcanzar 860 lenguas y 3,000 dialectos distribuidos en las cinco partes del mundo.

Aquí, como en todo lo humano, el espíritu de secta también ejerce su poderosa influencia, y el materialismo y el positivismo ó monismo apoyan las pretensiones de aquélla en todas las divergencias que se han suscitado entre los sabios. Ante todo debería resolverse el problema fundamental, y saber si las lenguas semíticas y arias han nacido de un tronco común, es decir, si el hebreo y el sanscrito son hermanos é hijos de aquella que desapareció en la confusión de las lenguas consignada por el Historiador sagrado.

Los señores Layard, Rawlinson, Vigouroux, Kaulen y otros sabios asiriólogos y egiptólogos han establecido, como bien probado, que todos los idiomas que hoy se conocen en el mundo provienen de aquellos centros que en los primitivos tiempos vivieron en los valles que riegan el Tigris, el Eufrates y el Nilo. Los arias, los semitas y los turanios fueron los centros originarios de aquellas vetustas civilizaciones; concluyendo el sabio señor Máximo Müller, cuya autoridad se reconoce por todos, que los idiomas primitivos se reducen á dos, que forman el primordial ario-semita y el que corresponde á los pueblos turanios.

¿Y por qué ha de dudarse que tanto los arias como los semitas reconocen un origen común mucho más antiguo? Con efecto, el pueblo *acadio* que ocupaba las llanuras de Senaar, supo inventar los caracteres cuneiformes, y tenía un culto, una escritura oficial, unas costumbres y creencias que se reconocen en aquellas dos ramas sin ningún género de duda. Los acadios pertenecientes á la turania proceden inmediata y originariamente de la familia de Noé, según lo consigna el Historiador hebreo.

Nosotros respetamos la opinión de los señores Grimm y Müller, así como las de Witney, Pott, Eastwick y las de todos aquellos sabios que miran como im-

pósible reducir á una sola familia las innumerables lenguas del orbe, ó bien que los antiguos idiomas son las fuentes de las lenguas modernas; ni en nuestros estudios hemos creído que las diferencias entre las lenguas semíticas y las arias sean *inconciliables*, ni mucho menos que la relación del Génesis sea un mito, como se ha dicho con poca reflexión. La ciencia tiene sus evoluciones, las investigaciones ofrecen nuevos datos, y cada vez se afirma más y más cuanto contienen las sagradas Escrituras de Moisés: la incredulidad en la etnografía y la lingüística queda vencida otra vez por la misma ciencia experimental que tanto invocan los incrédulos.

La filología ha probado que las naciones y las lenguas, tienen, con efecto, un origen común en el Asia central. El Doctor Webster, en la introducción á su *Diccionario de la lengua inglesa*, dice: «Todas las palabras propias á las lenguas madres de Europa son tan antiguas como las mismas palabras en Asia; y cuando se encuentran en las lenguas arias y semíticas, es casi cierto que estaban en uso antes de la dispersión de estas razas. Sus diversas ramas han salido de un tronco común de los acadios, y las palabras como las raíces de que se sirven deben tener un mismo origen é igual antigüedad.»

Empero ¿para qué esforzarnos en las cuestiones filológicas y lingüísticas? En la antigüedad el hombre no se preocupaba de conocer la diversidad de idiomas que existían entre las diferentes razas y nacionalidades que poblaron el mundo. Cuanto pertenece á la palabra, científicamente considerada, comenzó á estudiarse en el siglo XVI. La filología nada debe á las civilizaciones orientales; las escuelas filosóficas de Grecia ni siquiera se ocuparon de semejantes estudios, aquel que no hablaba su idioma era calificado de bárbaro, y la poderosa Roma en el apogeo de su gloria tampoco se preocupó del lenguaje humano. Los gramáticos de Alejandria apenas indican alguna ligera observación sobre etimología, porque su prurito preferente fué siempre la interpretación de los clásicos; de suerte que los adelantados en la etnografía y la lingüística comienzan, como dijimos, en el siglo XVI.

No es nuestro objeto, ni corresponde á este libro, rebatir con la ciencia á los desgraciados que han perdido la fe y la creencia católica; pero nos creemos en el deber de presentar algunas ideas sobre etnografía y lingüística.

Ante todo haremos observar que los periodos mono-silábico, aglutinante y flexivo no son otra cosa que la estructura gramatical en la forma de reunir las raíces, y de ningún modo periodos de tiempo por los que ha pasado la humanidad para alcanzar la perfección que hace siglos tiene el lenguaje. El primero de estos llamados periodos corresponde á las lenguas aisladas, donde figuran las raíces sueltas, como el antiguo chino, que servía de lazo de unión entre el Norte del Asia y los del Mediodía; el segundo pertenece á aquellas lenguas en



las que se combinan dos raíces, como en las de la familia turania, constituyendo palabras compuestas; y en el tercero entran las lenguas semíticas é indo-europeas, donde se modifican ambas raíces alternando su primitiva organización.

Todas las lenguas del mundo, sean vivas ó extinguidas se reducen á dos familias, según tenemos indicado, la *siro-arábica* y la *indo-europea*; las primeras se llaman también *semíticas*. Según respetables filólogos existen diferencias esenciales entre estas dos ramas, que, al parecer, imposibilitan el lazo de unión ó parentesco.

Razones gramaticales se han aducido en pró de esta diferencia, considerándose como un axioma, *que las lenguas conservan invariable su organización primitiva*; de suerte, que decir que las lenguas semíticas han debido tener siempre sus raíces disílabas y trílteras es un error; porque en esto, como en todo lo humano, nada hay absoluto. Las lenguas se han perfeccionado, la cultura ha introducido modificaciones en las raíces, y la estructura gramatical, antes sencilla, se complica poco á poco y se enriquece la forma. El señor Bopp ha demostrado que el sanscrito fué en su origen una lengua de raíces aisladas, parecida al chino.

Los señores Herder y Renán consideran las raíces como una imitación de los sonidos naturales, que presupone el mutismo de la escuela de Locke. Los adeptos de Condillac quieren que las raíces tengan el valor de interjecciones; Müller, siguiendo á Leibnitz y Hamilton, quienes pretenden que los conocimientos humanos son ideas generales que se aplican á objetos individuales, dice: «Las palabras expresan originariamente atributos, y los nombres, aunque concretos, buscan su significación en una idea general preconcebida; estas raíces son sonidos típicos, y se llaman *tipos-fonéticos* creados por Dios.»

En verdad que las diferencias que se establecen entre las lenguas arias y las semíticas no tienen gran valor, y las mismas desemejanzas existen entre las de una misma familia. Tampoco ofrece todas las garantías científicas la distinción de lenguas afijas y de flexión, que dió á conocer el señor Federico Schlegel.

El alfabeto primitivo de las lenguas semíticas es simbólico, y cada letra representa un fenómeno del orden físico ó moral; y en el hebreo se nota tal gradación, que comienzan por la creación y concluyen con la muerte: todas las letras tienen su significado especial. Del hebreo pasaron al griego, de éste al latín, y finalmente vinieron las lenguas modernas.

Claro está que no pretendemos señalar la mayor ó menor antigüedad de los primitivos pueblos. El Oriente ha sido el origen de todas las teocracias, así en los arias de la Persia como en los hijos del Ganges y los países regados por el

Hoangho y el Kiangho; ya bajo el dominio de sus reyes naturales, ya supeditados á los hebreos. El brahmanismo y el buddhismo, el Zend-Avesta y el mazdeísmo con todas sus sectas no alteran ni modifican cuanto dejamos expuesto respecto la unidad del lenguaje humano.

Las flexiones de las lenguas arias son un poco más complicadas; pero esto no cambia la identidad de estructura con la semítica, ni se opone á la unidad de conjugación, aun cuando una misma raíz se modifique produciendo nuevos y variados verbos. El verbo de todas las lenguas reducido á su forma simple y primitiva se compone de dos raíces yuxta-puestas, una atributiva y otra pronominal.

Todos los accidentes de género, número y declinación, tanto en las lenguas semíticas como en las arias ofrecen analogías muy marcadas, que en vano se pretendería oscurecer; y cuando más se estudien las diferentes propiedades de cada una de las partes de la oración, mayor han de ser estas analogías y semejanzas. Su mutuo origen se encuentra en el pueblo acadio de la raza turania.

De suerte, que cuanto está consignado en la Revelación y en la tradición veneranda de los libros del Historiador hebreo, fundamento divino de la Religión de Jesucristo, está demostrado sin ningún género de duda. Es ya un principio verdadero, que los diversos y múltiples idiomas esparcidos por las cinco partes del mundo y nacidos en los orígenes de los pueblos provienen de una *lengua única*, sin mezcla de dialectos, y que sirvió todo el tiempo que vivió la humanidad hasta la época que señala Moisés en el capítulo XI del libro primero del Génesis.

Mucho se exagera el estado salvaje en que se hallan algunas tribus africanas y oceánicas, faltas de civilización, pobres de lenguaje y careciendo de todo sentimiento religioso y moral. Por más que de esta ignorancia se pretende sacar algún partido, estamos convencidos que la constante y asidua influencia de los misioneros católicos despertará esas inteligencias latentes para que entren en el buen camino que ha de proporcionarles también mayor suma de goces y de felicidad; porque á medida que el lenguaje vaya desarrollándose, las facultades intelectuales adquirirán extensión, vigor y mayor aplicación los sentimientos morales.

¿Por qué hemos de buscar el hombre en la Naturaleza en un estado de embrutecimiento y bestialidad, abandonado á instintos salvajes y buscando su civilización en una serie incalculable de siglos? Oigamos al sabio abate Moigno en su magnífica obra antes citada *Les Splendeurs de la Foi*, tomo II: «Los filósofos de la escuela de Horacio y de Lucrecio pretendieron que el hombre apareciese sobre la tierra en el estado salvaje, y que, poco á poco, y por un gran transcurso de tiempo se haya á sí mismo civilizado. Observando como pasan